

125 Aniversario del Convenio de Ginebra de 1864

EL PRIMER DOCUMENTO HUMANITARIO DE LA EPOCA CONTEMPORANEA

JOSEP CARLES CLEMENTE

Historiador. Subdirector de Información y Prensa.
Cruz Roja Española

ESTE año de 1989 se conmemora el 125 aniversario de la firma del originario Convenio de Ginebra, primer documento jurídico humanitario de nuestro tiempo, que data de 22 de agosto de 1864, y del que España, en la persona de su embajador en Suiza, José Heriberto García de Quevedo, fue uno de sus primeros firmantes. Este documento obliga a todos los Ejércitos y cuerpos armados, tanto en guerra regular como en conflictos internos o civiles, a respetar toda una serie de normas y comportamientos humanitarios con respecto al adversario. También se conmemora este año el 40 aniversario de la firma de los actuales cuatro Convenios de Ginebra vigentes.

La Cruz Roja ya había sido fundada el año anterior por Jean Henry Dunant y sus cuatro colegas suizos —Moynier, Dufour, Appia y Maunoir, todos ellos componentes del "Comité de los Cinco" (1)— y el primer objetivo que se marcaron fue el de convocar una conferencia internacional con objeto de llegar a un acuerdo entre las naciones para conseguir la neutralización de los heridos y enfermos, así como de los sanitarios, en los campos de batalla.

Esta primera conferencia se celebró el 26 de octubre de 1863, en Ginebra, acordándose la creación de Sociedades Nacionales o Comités en cada país y un signo o un emblema protector, una cruz roja sobre fondo blanco. Asistieron a la misma los dos fundadores españoles: el doctor Nicasio Landa, en representación del

Ministerio de la Guerra, y el Conde de Ripalda, alto directivo de la Orden de San Juan de Jerusalén (2).

La próxima conferencia, a celebrar también en Ginebra, el 22 de agosto, culminaría el trabajo del "Comité de los Cinco", al conseguir que diplomáticos de once países asistieran a ella y que más tarde se adhirieran a la Conferencia cincuenta y cinco Estados más. Acababa de nacer el I Convenio de Ginebra, el originario, que llevaría como título: "*Convenio Internacional para mejorar la suerte de los militares heridos en campaña*". Una de las primeras firmas que aparecen en este primer documento humanitario de los tiempos modernos, sería la de un español: José Heriberto García de Quevedo, embajador de nuestro país en la Confederación Helvética y representante personal de la reina Isabel II de España.

PRIMERAS APLICACIONES

Entre la firma de este primer Convenio y la del segundo en 1906, tres guerras acontecerían en el mundo. Casi medio siglo de vigencia y aplicación. La primera de ellas sería el conflicto bélico entre Austria y Prusia en 1866, la franco-prusiana de 1870 y la ruso-japonesa de 1905. La primera estalla al acusar Prusia a Austria de los desórdenes y revueltas sucedidas en la administración del Holstein. La batalla de Sadowa marca la victoria prusiana el 3 de junio de 1866. En ella actuaría el doctor Appia, en representación de la Cruz Roja (3).

La segunda guerra, la franco-prusiana, estallaría ante los recelos de Francia de una supuesta resurrección del antiguo imperio de Carlos V, si Leopoldo de Hohenzoller acepta la corona de España, vacante tras el destronamiento de Isabel II. Francia declara la guerra a Prusia, pero es derrotada en la famosa batalla de Sedán el 2 de septiembre de 1870. Nicasio Landa interviene como mediador humanitario en nombre de la Cruz Roja Española, consiguiendo socorros para ambos continentes.

Y la tercera guerra, por el deseo de Japón de sacarse de encima el dominio ruso en Port Arthur, así como el de su expansión en Manchuria y en Corea. Los japoneses logran humillar a los rusos consiguiendo varias victorias en tierra y en mar, hundiendo a la flota rusa en Tsushima el 27 de mayo de 1905.

En las tres intervino la Cruz Roja, bien a título del Comité de Ginebra, bien a nombre de distintas Sociedades Nacionales, como fue el caso de España en la guerra franco-prusiana.

De todos modos, se vio sobre el terreno que los Convenios de Ginebra eran útiles y que salvaban muchas vidas humanas, a la vez que humanizaban los conflictos armados. Ello no obsta para que fueran —y continúan siéndolo— violados constantemente y que las denuncias se repitieran una y otra vez. Pero ya estaba claro en la conciencia de todos que la ley de la selva no imperaría impunemente en los campos de batalla.

Un paso importante en la actualización de los Convenios se dio en 1949, al finalizar la II Guerra Mundial, cuando se dividieron en cuatro: el I sobre los heridos militares en guerra; el II, sobre los naufragos militares en el mar; el III, sobre el trato a los prisioneros de guerra, y el IV, a la protección de las personas civiles en tiempo de guerra. En 1977 se añadirían a ellos dos Protocolos Adicionales, el I sobre las víctimas de los conflictos internacionales y el II sobre las guerras civiles (4).

Todo un cuerpo documental que hoy en día se denomina Derecho Internacional Humanitario y que fue y es la esencia de la actuación de la Cruz Roja, después de 125 años de experiencia sobre el terreno, en mil guerras y en mil situaciones de conflictos internos bélicos.

HENRY DUNANT, INSPIRADOR DEL CONVENIO

El inspirador del Convenio y fundador de la Cruz Roja, Jean Henry Dunant, nació el 8 de mayo de 1828 en Ginebra, en el número 12 de la calle Verdaine. Su padre era un hombre de negocios que ocupaba el cargo de juez en la Cámara de Tutela. En su tiempo libre se dedicaba a atender a los huérfanos. Su madre era una típica mujer piadosa de la época. Dunant recibió, pues, una educación rígida y calvinista.

Pronto entró a formar parte de la Sociedad de Limosnas, institución que se dedicaba a visitar a los pobres y a los enfermos. Y también a los presos, los olvidados de la sociedad ginebrina.

Su sentido de la religiosidad le llevó a organizar en su propia casa una serie de reuniones entre los jóvenes de su ciudad. De estas reuniones nacería la Unión Cristiana de Jóvenes.

La Unión toma pronto un sesgo internacionalista. El mismo Dunant justifica el hecho: "*Si con la misma idea y con los mismos objetivos, si con las mismas bases, grupos de jóvenes se reúnen en distintos países, no cabe duda de que todos tienen algo en común: un ideal. Y si ese ideal les da carácter internacional,*

establecen unos nexos de hermandad que refuerzan las uniones nacionales. El compartir con otros jóvenes de otros países las mismas inquietudes, siempre alienta el cumplimiento estricto de los compromisos propios. En 1849, Dunant ya formaba parte de la Sociedad de Ginebra, donde cada miembro activo tenía "sus" enfermos, a los que visitaba y concedían mensualmente una ayuda. Esto fue lo que le dio a Dunant la idea de crear una asociación de hombres jóvenes que, cumpliendo un deber de caridad, hicieran visitas regulares a marginados y a enfermos.

El 10 de marzo de 1855 se dirige a las Uniones Cristianas y les plantea llevar a la práctica una idea muy similar a la de la futura Cruz Roja: que cada sociedad nacional debe ser libre en sus actos y en su organización, y que la obra en su conjunto debería ser internacional, interconfesional y basada en el principio de la iniciativa personal.

En 1853, Dunant había entrado a trabajar en la oficina del agente de cambio Paul Lullin Y Sauter, en Ginebra. Y pronto le envían a Argelia, a la empresa de la Compañía Ginebrina de las Colonias del Setif. Allí emprende una febril actividad y proyecta industrializar extensas zonas. Pero era un extranjero y los franceses se resisten a apoyar la idea. Dunant pide en 1859, ante la Comuna de Culoz, que se le conceda la nacionalidad francesa, para así allanar todas las dificultades burocráticas. Pero no lo consigue.

Dunant era un admirador de Napoleón III. Incluso había escrito un folleto sobre él: *"El Imperio de Carlomagno restablecido, o el Sacro Imperio Romano reconstruido por Su Majestad, el emperador Napoleón III"*. De pronto se le ocurrió la idea de entregar personalmente al emperador de los franceses un ejemplar de su folleto, acompañando un informe de sus actividades en Argelia, así como sus pretensiones industriales y financieras.

En aquella época Francia y el Piamonte se enfrentan en una guerra contra Austria. Napoleón III y Francisco José disponen sus Ejércitos para librar una de las batallas más duras de aquellos años. Era el 21 de junio de 1859.

A pesar de lo delicado de la situación, Dunant hace sus maletas y llega a Brescia el mismo día 21. Se entrevista con el general Beaufort d'Hauppoul, en Pontremoli, que le habla de los combates de Monte Bello: *"Atravesad los Apeninos y asistiréis a una gran batalla"*, le dice.

Dunant alquila un coche de caballos y se traslada a Castiglione, donde llega el 24 de junio.

Esta pequeña villa italiana tenía entonces 5.000 habitantes y estaba muy cerca de Solferino.

Hacia las tres de la madrugada oye los primeros disparos. A las seis, el ruido de las armas era ensordecedor. Hay 30.000 hombres enfrentándose en el marco de unos pocos kilómetros. A las cuatro de la tarde del día siguiente, los austriacos reciben la orden de retirada. Al ponerse el sol, Dunant contempla una escena que quedará para siempre grabada en su mente: en la retirada, los oficiales austriacos se suicidan, sobre el campo de batalla yacen unos 6.000 muertos y más de 42.000 heridos. Y entonces piensa en aquella frase que ya se ha hecho famosa: *"Un enemigo abatido no es un enemigo, es un hermano"*. Y el campo de Solferino está sembrado de hermanos.

No hay medios de socorro. Los servicios militares tienen más cuidado para los animales que para los hombres. Las ordenanzas militares de la época señalaban la obligatoriedad de disponer de cuatro veterinarios para cada mil caballos. Y sólo hay un médico, cuando lo hay, por cada mil hombres. No hay médicos, no hay medios, no hay enfermería.

Y Dunant se pone en marcha. Entre el dolor y las explosiones, los heridos habían quedado abandonados e iban muriendo sin remisión alguna. Dunant buscó desesperadamente un puesto de vanguardia donde localizar a Napoleón III y mantener con él una entrevista.

En su recorrido, el joven ginebrino se apercibió de la carencia total de acción organizada de socorro. Da de beber a unos, refresca con agua las heridas de otros y consuela a los agonizantes, a los que sus propios compañeros empujan con el pie porque estorbaban el paso.

Ayudado por algunas mujeres del pueblo de Castiglione trata de atenuar los sufrimientos, recoge telas viejas para vendas compra camisas y envía su coche a Brescia, de donde vuelve cargado de tisanas, naranjas, limones, azúcar y tabaco.

Los militares, de un bando y otro, vieron aquellos días a un *"hombre de blanco"* deambular por el campo de batalla contemplando atónito la gran matanza. Las mujeres de los pueblos cercanos, al desconocer el nombre del extranjero que iba de un lado a otro, le empezaron a llamar también el *"hombre de blanco"*, denominación que pasó a la pequeña historia de aquella batalla.

Escribió a la condesa de Gasparín, a Ginebra, para que procurara ayuda por algún medio. Y la condesa publica en *"Le Journal de Genève"*, del día 9 de julio, un anuncio que dice: *"Se nos comunica, con ruego de inserción en nuestras*

columnas, el siguiente fragmento de una carta procedente de Solferino":

"Madame..., permítame que me dirija a usted en las excepcionales circunstancias en que me encuentro. Desde hace tres días cuido de los heridos de Solferino, en Castiglione, y hemos atendido a más de mil hombres que sufren. En esta terrible campaña hemos tenido más de cuatro mil heridos, tanto aliados como austríacos. Los médicos son insuficientes y he tenido que sustituirlos, mal que bien, por mujeres del país y prisioneros sanos..."

Castiglione se había convertido en el lugar de socorro. Se pensó en el traslado de los heridos a Brescia, a Milán, a Bérgamo, pero el transporte era también escaso. Estos medios estaban demasiado ocupados con la guerra. Castiglione se convirtió así en el centro sanitario, en el "hospital" de aquella sangrienta batalla, calificada como la más cruenta desde Waterloo.

El intendente jefe indica en su diario que entre el 25 y 30 de junio fueron trasladados 10.212 heridos. Por su parte el médico principal de Castiglione, el doctor Haspel, hace el siguiente balance de 24 de junio al 8 de julio: 8.056 franceses, 1.123 austríacos, 61 piemonteses, lo que hace un total de 9.240 heridos.

Los médicos estaban al borde del agotamiento. El propio doctor Haspel decía que la noche del 24 de junio habían ingresado en Castiglione 1.737 heridos; en la noche siguiente, 1.038; y en la tercera, 2.700. Todos ingresaron en los viejos edificios habilitados como hospitales. Pero estaban a tope. Los heridos estaban por todas partes: en los pasillos, en las escaleras, sin atención posible. No podían hacer más que pedir al personal civil que procurara llevarles algún consuelo. Así se fueron incorporando muchas mujeres que nada tenían que ver con la guerra. Castiglione había triplicado su población y más de las dos terceras partes de aquellos "vecinos" provenían del campo de batalla.

Aquella visión dantesca de Solferino marcó para siempre a Dunant. Era el contacto brutal y directo con las consecuencias de la guerra. Iba con la mejor voluntad de ayudar a los heridos y oía sus lamentos: *"Señor, se nos abandona, se nos deja morir miserablemente"*. Había una monstruosa falta de preparación de los servicios sanitarios. Viendo todos los días esas consecuencias desesperantes de la guerra, se le ocurrió algo que podría ser útil para todos: ¿No sería deseable que los príncipes de la guerra, pertenecientes a diferentes nacionalidades, se reunieran en una especie de congreso para formular un principio internacional, aceptado por todos, y sagrado, que una vez ratificado por

todos fuese la base de las sociedades de socorro a los heridos en distintos países de Europa?

Dunant, "el hombre de blanco", acababa de concebir la Cruz Roja.

Dunant le da vueltas a la cabeza a esta idea. Piensa que sería posible constituir en tiempos de paz y tranquilidad ciertas sociedades de socorro, cuya finalidad sería que una serie de voluntarios celosos y conscientes, dedicados y bien cualificados para semejante obra, prestar cuidado a los heridos en tiempo de guerra.

Había que renunciar, pensaba, a los deseos y a las esperanzas de "Los Amigos de la Paz", y a los sueños del abate Pierre. Empezaba a ser posible aquella frase de que *"los hombres han llegado a matarse sin odiarse y el cúlmen de la gloria, de la más hermosa de las artes, es exterminarse unos a otros"*. También piensa en lo que el conde Joseph Maistre afirma, respecto a que *"la guerra es divina"*, puesto que todos los días se inventan nuevos y terribles medios de destrucción con una perseverancia digna de mejor fin, y que los inventores de ingenios mortíferos eran aplaudidos y animados en la mayoría de los Estados de Europa, que se arman lo mejor posible. Puesto que la situación de los espíritus en Europa, sin mencionar otros índices, permitían prever la guerra, al parecer inevitable en un futuro más o menos próximo. Todo esto pensaba Dunant.

¿Por qué no se aprovecha el tiempo de relativa calma y tranquilidad para estudiar e intentar resolver una cuestión de importancia tan elevada y universal, desde el punto de vista de la Humanidad?

Y sigue con sus cavilaciones. Sociedades de ese tipo, una vez constituidas y con una existencia permanente, estarían inactivas en tiempo de paz, pero organizadas ante una eventual guerra. No sólo deberían lograr la benevolencia de las autoridades del país en que hubieran nacido, sino también lograr en caso de guerra que los soberanos de las potencias beligerantes permitieran y facilitarían sus acciones para llevar a cabo su obra a buen fin.

Estas sociedades deberían incluir en su seno en cada país, a los hombres más conocidos y prestigiosos. Así, esos Comités apelarian a toda persona que, impulsada por movimientos de auténtica filantropía, aceptara dedicarse temporalmente a esa obra de caridad, que consistiría en aportar, de acuerdo con las intenciones militares, es decir, con su apoyo y directrices, socorros y atenciones en el campo de batalla, en el mismo momento del conflicto y después continuar estas atenciones a los

heridos en los hospitales hasta su plena convalecencia.

Esa tarea debería cubrirse, por completo, con enfermeras voluntarias, diligentes, preparadas reconocidas por los jefes de los Ejércitos combatientes, que les ayuden en su misión. Dunant piensa que hay que hacer un llamamiento a los hombres de todos los países, de cualquier rango y condición, para que, cada uno en su esfera y según sus fuerzas, concurra a esta buena obra. Habría que partir de la base de un conocimiento general para que cada uno, desde su lugar, pueda concurrir en la medida de sus posibilidades. Desde el poderoso al humilde, desde el general al escritor, pueden desarrollar con talento y a través de sus publicaciones esa idea que afecta a toda la Humanidad y en sentido más especial a cada pueblo, a cada región e, incluso a cada familia, porque nadie puede considerarse eternamente a salvo de la guerra.

Y a plasmar todas estas ideas se dedicaría en los días sucesivos de la batalla de Solferino. El *"El hombre de blanco"* escribirían un libro, donde narraría sus experiencias y propondría soluciones. Ese libro no sería otro que *"Recuerdo de Solferino"*. (5).

LA CRUZ ROJA, EL CONVENIO DE GINEBRA Y SU TIEMPO

En 1863 se fundó en Ginebra la Cruz Roja, propiciada por un joven protestante y heredero de una familia de la alta burguesía de las finanzas ginebrinas, el ya citado Henry Dunant; en unión de un militar, el general Dufour; un abogado Gustavo Moynier; y dos médicos, los doctores Appia y Maunoir. Este grupo será conocido como el "Comité de los Cinco".

En España se formará la primera asociación de la Cruz Roja un año más tarde, 1864, por un Real Decreto de Isabel II. En nuestro país la organización de la Cruz Roja corrió a manos de un grupo de católicos, miembros de la Orden de San Juan de Jerusalén, conocido más tarde como la de "los Caballeros de Rodas" y finalmente como la de "Malta".

La mitad del siglo XIX es una época en plena convulsión de tipo social en todo el mundo, que conduce a la confirmación del hundimiento definitivo del Antiguo Régimen y el ascenso al poder del liberalismo burgués. En los veinte años que van desde 1848 a 1868, por ejemplo, podemos contemplar la caída en Francia del rey Luis Felipe y la proclamación de la II República, cuya una de sus primeras medidas fue la abo-

lición de la pena de muerte; mientras que en 1868, en España se derroca a la monarquía isabelina, desembocando la Revolución de Septiembre o la Gloriosa en la proclamación de una nueva Constitución, en que el Estado se proclama aconfesional y se establecen, entre otras, la libertad de cultos y las de enseñanza e imprenta.

Es el siglo del romanticismo y el del estallido de la llamada "cuestión social", impuesta por la revolución industrial. Los avances tecnológicos y la concentración fabril provocan la aparición de una nueva clase social, que no cuenta con más bienes que su propia fuerza de trabajo, y que cuenta únicamente con un salario para subsistir. Es la clase obrera, el proletariado. Este, sometido a unas durísimas condiciones de trabajo —según señalan los redactores de una reciente "Crónica de la Humanidad" (6)— dependen de unos salarios bajos e inseguros, debido a la ley de la oferta y la demanda impuesta por la abundancia de mano de obra. Así, es inevitable que la nueva clase se organice para conseguir una serie de derechos que le son negados.

No es extraño, pues, que una de las primeras manifestaciones de los obreros es el ataque hacia aquello que consideran su primer enemigo: la máquina. El ludismo, con sus ataques y destrucciones de maquinaria, dejará paso a paso, pronto, a otra serie de manifestaciones reivindicativas, en pro del derecho de asociación y la reducción de la jornada laboral.

La lucha de la clase obrera y sus resistencias múltiples van en aumento. Numerosos intelectuales la consideran como el nuevo Prometeo, capaz de transformar a la sociedad burguesa. En Francia, se desarrollan con gran fuerza los proyectos utópicos de Etienne Cabet. A su lado, Fourier desarrolla el falansterio, una unidad libertaria e idealista. Unos años más tarde, Proudhon, uno de los raros teóricos socialistas salido del medio popular, tiene una influencia considerable. Expresando un socialismo libertario, federalista y asociacionista, esta corriente política, fuertemente implantada en la Europa meridional, verá surgir en el continente, a inicios de la segunda mitad del siglo, otra escuela socialista, la socialdemocracia.

Por otro lado, la derecha conservadora y cristiana pretende reintegrar a su sociedad a estos excluidos que son los obreros. Elaboran una política filantrópica de carácter paternalista, destinada a moralizar a la clase obrera, por medio de la instrucción y la religión, y regir las futuras relaciones sociales, según el modelo

de la vida familiar burguesa, donde los roles de cada uno están bien establecidos.

El XIX es el siglo de las ideas de Carlos Marx y de Federico Engels; el triunfo, no sin grandes esfuerzos y sus correspondientes derramamientos de sangre, de la libertad de imprenta y de asociaciones. El del desarrollo y pujanza de las sectas con sus ideales liberal, moral, democrático y humanitario.

En este campo de cultivo revolucionario y romántico, de ruptura social e institucional, aparece la Cruz Roja, hija de su siglo y de aquellos hombres que supieron depositar su fe en las mejores cualidades del ser humano, donde la bondad del hombre era puesta en acción para socorrer a sus semejantes.

En 1863, año de la fundación de la Cruz Roja en Ginebra, Lincoln promulga mediante Ley la emancipación de los esclavos del Sur. Rusia reprime la sublevación de los patriotas polacos que se habían alzado al grito de independencia y libertad campesina. En España, la poetisa Rosalía de Castro publica sus "Cantares Gallegos". Y en Francia, el filósofo Renan también da a conocer su obra "Vida de Jesús", que constituyó un verdadero escándalo, ya que se rechazaban los dogmas del cristianismo tradicional, fundando el otro cristianismo, el racional y crítico. Ese año se construye el Metro de Londres, con una red de 6,4 kilómetros de extensión con máquinas de tracción a vapor. En México, las tropas de intervención francesas toman Ciudad de México, proclamando el Imperio en la persona de Maximiliano I, hermano del emperador austriaco Francisco José. Los franceses, también, imponen su protectorado sobre Camboya, mientras que los ingleses bombardean el puerto japonés de Kagoshima. En Grecia, la Asamblea Nacional elige al príncipe danés Guillermo Jorge "rey de los helenos", promulgando una Constitución democrática en el que se introduce el parlamentarismo en ese país. En América, un congreso de los siete estados de Nueva Granada proclama los Estados Unidos de Colombia y una nueva Constitución federal. En 1863, también se funda en Leipzig, Alemania, la Asociación General de Trabajadores Alemanes, el primer partido obrero germano.

En 1864, año de la firma del I Convenio de Ginebra, el general Narváez accede al poder, concediendo una amnistía general en todos los delitos de prensa desde 1857 y se perdona a los militares desterrados. El acuerdo Vivanco-Pareja pone fin al conflicto entre España y Perú. Se realiza la reforma monetaria de Pedro Salaverría y se consolida la supremacía de la industria siderúrgica norteña sobre la andaluza.

Se promulga una nueva Ley de Prensa, y Ortí y Lara publica "Ensayo sobre el catolicismo" y "Krause y sus discípulos convictos de panteísmo". Al año siguiente cae Narváez en la llamada "noche de San Daniel". España reconoce al Reino de Italia y renuncia a la soberanía sobre Santo Domingo, firmándose un tratado de paz con El Salvador.

Este cuadro histórico nos sitúa ya en qué época nació el Convenio de Ginebra. Sus hitos más importantes son suficientemente conocidos: una Conferencia Internacional celebrada en Ginebra aprueba la creación de Comités nacionales de socorro a los militares heridos, primer antecedente de las actuales Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y la Media Luna Roja. En 1864, pues, se firma el I Convenio de Ginebra para la protección de los heridos de los Ejércitos en campaña, pieza fundamental de lo que en el futuro se denominará Derecho Internacional Humanitario. En ambas reuniones asistirán representantes españoles: el conde de Ripalda, el coronel Nicasio Landa y el diplomático Heriberto García de Quevedo.

La hegemonía de la institución la monopolizaría el CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja), heredero de aquel "Comité de los Cinco", hasta que en el año 1919 algunas Sociedades Nacionales europeas, americanas y asiáticas, comandadas por la Cruz Roja de Norteamérica, crearán en Francia la Liga, federación de todas ellas, para equilibrar el omnipresente poder de los suizos en el movimiento de la Cruz Roja.

En España, la Cruz Roja participará en todos los conflictos del siglo XIX: guerras carlistas, donde en la acción de Oroquieta cumplirá su bautismo de sangre; guerras cantonales, donde en el Cantón cartagenero llegará a ser el intermediario neutral para la firma de armisticio de paz ante el general López Domínguez y la Junta de Cartagena; la larga guerra colonial de África, donde en sus finales, a principios del XX, destacará la labor de la reina Victoria Eugenia, creando la actual red hospitalaria de la institución y lo que llegará a ser el primer antecedente del Ala Aérea de la Cruz Roja, puesta en acción en el desembarco de Alhucemas.

La Cruz Roja en España también se encargará de la repatriación de los soldados españoles de las guerras de Ultramar, es decir, Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Los famosos "últimos de Filipinas", víctimas del desastre colonial del 98, llegarán a nuestro país en buques fletados por la Cruz Roja, atendidos a su llegada en los puertos españoles por los voluntarios de la institución y trasladados a los hospitales o

devueltos a sus casas en trenes especiales organizados por la Cruz Roja.

No hay hecho violento o desastre natural ocurridos en España en los que no intervenga la Cruz Roja, como la epidemia de cólera morbo de 1885, las catástrofes de Murcia a principios del actual siglo, las inundaciones de Cataluña del año 17, la Semana Trágica de Barcelona de 1909, las inundaciones de Murcia de 1917 y 1919 y las epidemias de gripe de 1917 y tifus de 1918, así como la Huelga General del 17. La lista se haría interminable.

Dentro de la historia del movimiento humanitario desde aquellos años de 1863 y 1864, la actuación de la Cruz Roja Española ha sido importante. Su vocación internacionalista destacó muy pronto: en 1870, Nicasio Landa se trasladó a los campos de batalla donde se estaba dilucidando la guerra franco-prusiana, con objeto de organizar los primeros socorros en nombre de la Cruz Roja. Tres años más tarde, 1873, otro líder humanitario de la Cruz Roja, Antonio Bonmatí, fletaba la primera ambulancia marítima del mundo, el "Buenaventura", siguiendo a la flota del Cantón de Cartagena que iba a enfrentarse a la de la República: aquel 13 de octubre de 1873, en aguas cartageneras nació la Cruz Roja del Mar.

Medio siglo más tarde, el 8 de septiembre de 1925, se efectuaba el ya citado desembarco de Alhucemas con el que se daría fin a la guerra de Africa. Con las tropas del general Miguel Primo de Rivera, una pequeña flota de hidroaviones de la Cruz Roja Española establecía un puente entre el buque-hospital y el frente en las playas africanas, que enlazaban con las

secciones de camilleros que recogían a los heridos; nacía otra modalidad del socorro humanitario, el Ala Aérea de la Cruz Roja.

Algunas otras de las modalidades que inició la Cruz Roja en España fueron, por ejemplo, la defensa ante la guerra química, las vacunaciones masivas, los establecimientos conocidos como "la gota de leche", la lucha contra la tuberculosis, y tantas otras acciones.

Una clara conclusión podemos entresacar de todo lo que llevamos señalado: si bien España en otros momentos de la historia de la Humanidad nunca había tomado el tren del progreso, —recordemos: no nos subimos en su día al de la revolución industrial o al de la fundación del Mercado Común Europeo, por ejemplo— pero en el desarrollo del humanitarismo estuvimos en la primera línea de salida.

La lección extraída de aquella iniciativa de 1863, sigue estando en pie: la Cruz Roja y los Convenios de Ginebra, convenientemente adaptados a los tiempos en que viven e incardinados en la sociedad de nuestros días, siguen siendo necesarios. ■

NOTAS:

- (1) JEAN HENRY DUNANT: *Memoires*. Editorial L'Age d'Homme. Ginebra - Laussane, 1970. 367 págs.
- (2) JOSEP CARLES CLEMENTE: *Historia de la Cruz Roja Española*. Madrid, 1986. 340 págs.
- (3) PIERRE BOISSIER Y ANDRE DURAND: *Histoire du Comité International de la Croix-Rouge*. 2 vols. Ginebra, 1978. 512 y 590 págs.
- (4) COMITE INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA: *Resumen de los Convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949 y de sus Protocolos Adicionales*. C.I.C.R. Ginebra, 1983. 24 págs.
- (5) JEAN HENRY DUNANT: *Recuerdo de Solferino*. Editorial Mateu. Barcelona, 1965. 254 págs.
- (6) Editorial Plaza - Janés. Barcelona, 1988.